

MARIA NIKOLAI

# La mansión de los chocolates

LOS AÑOS DORADOS



Stuttgart, 1926. La joven e intrépida Serafina se instala en casa de su hermanastro, Víctor, en la espléndida propiedad familiar que todos llaman «La mansión de los chocolates». La familia Rothmann es conocida más allá de los límites de la ciudad por sus refinadas creaciones de chocolate, que seducen a Serafina desde el primer momento. Con su espíritu aventurero, la joven se sumerge de lleno en las tentaciones que ofrecen los nuevos y emocionantes tiempos. Cuando conoce al atractivo Anton, se enamora perdidamente de él, pero el joven está a punto de comprometerse con otra persona.

Mientras tanto, el imperio de los Rothmann se ve amenazado por inesperados actos de sabotaje, y a Serafina la persigue un oscuro capítulo de su pasado que no sabe cómo dejar atrás.

## 1

*Stuttgart, finales de abril de 1926*

—¡SEÑORITA, DESPIERTE!

La amable voz del revisor se entrometió sin permiso en los sueños de Serafina, que abrió los ojos y parpadeó adormilada.

—¿Ya hemos llegado?

Le parecía imposible no haber oído el chirrido de los frenos ni haber notado los trompicones y sacudidas que precedían cada parada del tren. El revisor sonrió satisfecho.

—Estamos en Stuttgart, el destino que indica su billete. Y si no desciende usted ahora mismo, viajará con nosotros hacia el lago Costanza.

—¡Oh! —Serafina se espabiló de golpe, se levantó, se alisó lo imprescindible las arrugas del vestido y sacudió su melena negrísima, cortada à *la garçonne*.

—Permítame que la ayude —se ofreció el revisor, mientras alcanzaba las maletas del portaequipaje. Mientras tanto, ella se puso los guantes en un santiamén, tomó el bolso y el abrigo, y salió del compartimento. El revisor la siguió con las dos maletas, descendió del vagón detrás de ella y se las entregó.

—Muchas gracias —dijo Serafina mientras se hacía cargo de sus bultos.

—No hay de qué —respondió el revisor—. Le deseo una estancia agradable, señorita —añadió al tiempo que levantaba dos dedos hacia la gorra en señal de despedida.

Serafina se despidió agradecida con una inclinación de cabeza y se unió a la riada de viajeros que se apresuraban hacia la cabecera del andén. El vapor humeante de la locomotora seguía flotando en el aire, aunque iba desapareciendo velozmente por los espacios libres entre el techado de los andenes. La joven atravesó uno de los grandes arcos y entró en el espacioso vestíbulo de la estación.

A su alrededor las personas se dirigían apresuradamente hacia la salida o saludaban a sus familiares. Se detuvo. Habían quedado en ir a recogerla, pero no reconoció a nadie que pareciera estar buscándola. No le quedaba más remedio que esperar.

Depositó en el suelo sus maletas, cuyo peso delataba lo llenas que estaban. Parecía que no solo llevara su ropa en ellas, sino todo el lastre de las últimas semanas: la triste despedida de su padre, la terrible noche en el Metropol, la incertidumbre de lo que la esperaba en Stuttgart.

Notó el inicio de un ligero dolor de cabeza. Seguramente llevaba demasiado tiempo sin comer y había bebido poco durante el viaje. Se frotó el cuello e intentó ignorar las preocupaciones. Encontraría alguna forma de seguir adelante. No había alternativa.

Miró a su alrededor.

La nueva estación de Stuttgart con sus formas rectas y poderosas transmitía un aire de ligereza y, al mismo tiempo, de severidad. El gran estruendo, así como la enorme zona en obras, revelaban que aún no estaba terminada.

Su mirada se detuvo en una máquina de color rojo intenso, de la altura de una persona, que se hallaba junto a una pared a unos metros de distancia, con un llamativo rótulo: Rothmann. Aquel era un primer saludo de bienvenida en tierra extraña, pues era evidente que se trataba de una máquina expendedora de chocolate de la empresa de su hermanastro Victor.

Seguramente una chocolatina le aliviaría el dolor de cabeza. Serafina trasladó su equipaje unos pasos, lo dejó jun-

to a la máquina y buscó el monedero en su bolso. Acababa de encontrar una moneda de diez céntimos y se disponía a introducirla en la ranura, cuando alguien se colocó a su espalda. Se giró molesta.

—¡Hemos tenido las dos la misma idea! —exclamó una joven, desafiante, mientras lanzaba una moneda al aire y la volvía a coger—. *Mais, après vous*, por favor, usted primero.

Serafina cerró instintivamente la mano con la moneda y examinó a la mujer que se encontraba a su lado. Su rostro juvenil no encajaba con aquella voz grave y ronca, con ligero acento francés; una voz que, sin embargo, pegaba muy bien con el traje oscuro con chaleco y corbata que vestía. Sobre el cabello castaño, corto y liso llevaba un sombrero masculino. Solo la blusa blanca destacaba entre los colores apagados de su indumentaria.

Serafina vaciló un momento, después se encogió de hombros, se volvió de nuevo a la máquina e introdujo la moneda. Inmediatamente sonó una cancioncilla infantil: «Es klappert die Mühle am rauschenden Bach» (*El molino golpea junto al murmullo del arroyo*). Al mismo tiempo, se puso en movimiento la rueda de un molino que se veía tras la vitrina. Mientras la rueda giraba, apareció la figurita esmaltada de un molinero empujando una cajita metálica hacia la ranura de salida. Serafina la cogió y abrió la tapa.

—¡Mmm, tiene buena pinta!

La joven se inclinó también sobre la caja.

—*Un bonbon au chocolat? ¿Relleno?*

—¿Cómo quiere que lo sepa? —respondió Serafina con aspereza. Se sintió atosigada por la chica, pero en cuanto vio la expresión de entusiasmo en sus ojos oscuros, aquella sensación desagradable desapareció—. ¿Lo probamos? —preguntó más amable.

—¡Con mucho gusto!

Cada una eligió un bombón redondo y reluciente.

—Sí, están rellenos —confirmó alegre la chica—, de vainilla.

—El mío sabe a frutas, un poco ácido —respondió Serafina—. Yo creo que a grosella.

—Sean de lo que sean, son deliciosos —afirmó la joven—. Por cierto, ¡me llamo Lilou! —se presentó, guiñando un ojo.

—Yo soy Serafina.

—Bonito nombre —comentó Lilou con naturalidad—. ¡La ardiente!

—¿Ardiente?

—Sí, es lo que significa Serafina. ¡Te pega!

Lilou había pasado a tutearla sin más. Serafina sonrió con timidez.

—¡Pero si usted... si no me conoces de nada!

—Puede ser, pero conozco muy bien a la gente.

—Ah, bueno... vale. ¿Y qué quiere decir Lilou?

—En realidad me llamo Louise, que quiere decir la luchadora. Pero nadie me llama así —explicó Lilou—. Bueno, ahora me toca a mí. ¡Están buenísimos estos bombones!

Serafina se apartó y Lilou sacó otra cajita de la máquina.

—¿De dónde vienes, Serafina? —preguntó cuando se paró la música y la rueda de molino se detuvo.

—De Berlín. ¿Y tú?

—Yo vengo de París.

—¿De París? —Serafina sintió curiosidad. Ya había identificado el ligero acento francés, pero el hecho de que Lilou fuera parisina hacía aquel encuentro aún más interesante—. ¿Y qué te ha traído a Stuttgart?

—¿Conoces a Josephine Baker?

Serafina negó con la cabeza.

—Non? —Lilou pestañeó con incredulidad—. Es una bailarina, ¡la más grande de todas! Tienes que conocerla. ¿Sabes dónde está el Friedrichsbau?

—No, acabo de llegar a la ciudad.

Lilou miró las maletas de la chica y se rio.

—Sí, claro. Qué tonta soy, perdona. El Friedrichsbau es un teatro de aquí, de Stuttgart. La semana que viene se celebrará allí un espectáculo. ¡Tienes que verlo!

—Primero tengo que ver... —empezó Serafina, cautelosa.

—¡Si no vienes, te vas a perder algo grande! —Lilou metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó un lápiz y una tarjeta blanca y anotó algo—. Toma —le dijo—, aquí tienes mi nombre, Lilou Roche. También he apuntado el nombre de nuestro hotel. Por cierto, que dentro de dos semanas continuamos viaje hacia Berlín.

—¿En serio? ¿A Berlín?

—Sí. Josephine ha actuado varias veces en el teatro Nelson, desde principios de año.

Entonces Serafina recordó los carteles y las noticias en los periódicos.

—Josephine Baker... tiene otro color de piel, ¿verdad?

Lilou se rio con ganas.

—¡Ah, resulta que sí la conoces!

—¡En Berlín no se hablaba de otra cosa! —exclamó Serafina. Sintió que una emoción chispeante se apoderaba de ella. El mundo del teatro y las variedades le provocaba al mismo tiempo cierta atracción y algo de rechazo. Aquel *demimonde* era peligroso, y su padre se había mostrado decidido a protegerla de él.

Miró la tarjeta.

—Mmm, hotel Marquardt en la Schlosstrasse. No conozco nada de Stuttgart. —Pensó un momento—. Y tampoco sé si sería apropiado que asistiera a un espectáculo de revista aquí.

—¿Y por qué no? ¡Todo el mundo quiere ver a Josephine Baker! —Lilou dio una palmada—. Piénsatelo, *ma chère* Serafina. Ahora debo macharme. ¡Hasta pronto!

Le lanzó un beso con la mano y desapareció entre el bullicio de la estación.

Serafina se guardó la tarjeta y meneó la cabeza con incredulidad. Ahora que estaba en Stuttgart, lejos del desenfreno de Berlín, se topaba a una acompañante de Josephine Baker frente a una máquina expendedora de chocolatinas. A veces la vida te da sorpresas. Tomó otro bombón de chocolate. El dolor de cabeza se había esfumado.

Mientras saboreaba el dulzor con notas amargas del chocolate negro y pensaba que el carácter abierto y descarado de Lilou no pegaba ni con su voz ni con su atuendo, vio a un hombre mayor que se dirigía hacia ella.

—¿Señorita Rheinberger?

El hombre llevaba un uniforme oscuro de chófer, con la gorra de visera a juego sobre el pelo cano.

—¿Sí? —la joven se tragó el bombón.

—Me llamo Theo, disculpe usted el retraso, por favor. Soy el chófer de los Rheinberger.

—Buenos días, Theo —respondió Serafina, contenta de no tener que esperar más.

—El señor Rheinberger me ha pedido que le comunique que le habría gustado venir personalmente, pero no le ha sido posible dejar la fábrica —informó Theo, que indicó las maletas con un gesto—. ¿Me permite?

—Muchas gracias.

Serafina lo siguió a través de otro arco que daba a un vestíbulo con las paredes revestidas de arenisca. La luz entraba a través de unos enormes ventanales, creando una atmósfera mágica en aquella nave tan alta que recordaba a una catedral. Una amplia escalera, ribeteada por un elegante pasamanos, descendía hacia las taquillas, la oficina de correos y un quiosco, en dirección a la salida.

Al atravesar las puertas de doble hoja hacia la plaza de la estación, los recibió una gran algarabía acompañada por pitidos de claxon.

—¡Venga por aquí! —Theo indicó hacia la derecha, donde se veían varios automóviles aparcados frente a un vesti-



bulo con columnas que conectaba los dos enormes edificios principales de la estación.

Serafina fue detrás del chófer y estuvo a punto de tropezarse con la carretilla de una mujer mayor a la que no había visto entre el ajeteo de los vehículos.

—¡Mire por dónde va! —le gritaron cerca del oído. Un ciclista que se aproximaba desde el otro lado hizo sonar el timbre, malhumorado.

Mientras tanto, Theo había llegado junto a un Mercedes de color burdeos y estaba cargando su equipaje. Cuando Serafina lo alcanzó, este le abrió la puerta con una ligera reverencia. Subió al auto.

En el interior olía a cuero y a abrillantador y a nuevo.

El automóvil estaba cuidado con esmero: ni una mota de polvo ensuciaba los acabados de madera y los tiradores brillaban relucientes. Transmitía un aire de nobleza y elegancia, exactamente como se lo había imaginado.

Victor era una persona adinerada, eso ya lo sabía. Cuántas veces había oído a su padre hablar con orgullo de su único hijo, que dirigía en Stuttgart un negocio floreciente. Aquello había despertado en ella unos celos absurdos que realmente no era capaz de explicarse, ya que no se consideraba ni envidiosa ni celosa. Aun así, le había costado aceptar que había otra persona en el mundo tan cercana a su padre, alguien a quien él respetaba y quería mucho. Friedrich Rheinberger había ido incluso un paso más allá: su testamento incluía una disposición en la que Serafina quedaba bajo la tutela de Victor, que duraría hasta que cumpliera los veintiún años en enero. Y ese mismo día recibiría también su parte de la herencia.

Su padre. Le dolía pensar en él.

Con un leve suspiro, tragó el nudo que de repente le oprimía la garganta, alisó la falda del vestido de viaje, extendió el abrigo sobre las piernas y colocó el bolso a su lado, sobre el asiento. El color ocre anaranjado del bolso hacía un bonito contraste con el cuero negro del asiento, que

se sentía cálido por el efecto del sol. Hacía bochorno y Serafina confiaba, no solo por eso, en que la última etapa de su viaje fuera corta. Estaba agotada, aunque había pasado las últimas horas en el tren dormida o adormilada.

—Bueno, señorita Rheinberger —dijo Theo, mientras ocupaba su lugar en el asiento del conductor—, ya podemos ponernos en camino. Ya verá qué tranquilo es todo en Degerloch. Y allá arriba se respira aire puro. Así podrá recuperarse del viaje.

Arrancó el vehículo, salió del aparcamiento y se incorporó hábilmente al tráfico irregular de las calles de Stuttgart. Serafina se recostó en el asiento y dejó vagar la vista a través de la ventanilla, pero los hermosos edificios se sucedían sin que ella apenas se fijara en ellos. Cada poco tenía que luchar por no dejarse vencer por el cansancio y mantener los ojos abiertos.

Se había sometido a la última voluntad de su padre. En un principio, la idea de abandonar Berlín le resultó horrible, pero ahora se alegraba de poder distanciarse de los acontecimientos de los últimos días. En Stuttgart encontraría la paz necesaria para decidir cómo continuar con su vida.

Theo tomó una amplia avenida que al poco tiempo fue trazando curvas elegantes para ascender una colina, junto a residencias elegantes, el verde intenso de los viñedos y mansiones ostentosas, algunas de ellas rematadas con torres. No había duda de que se trataba de un barrio de gente adinerada.

—Este es el tramo nuevo de la carretera de los viñedos —explicó Theo, que quería hacerle el trayecto agradable dándole conversación—. ¡Mire la ciudad desde aquí arriba! Unas vistas maravillosas.

—Es verdad —respondió a pesar de su cansancio. En un intento por mostrarse amable con Theo, se incorporó para contemplar la ciudad, que bajo la luz del atardecer lucía tranquila y agradable. Muy distinta a la animada Berlín, donde nunca parecía reinar la paz.

Adelantaron a un tranvía de color amarillo, que también ascendía la colina, y cuando por fin llegaron a la altura del restaurante Filderhöhe, el chófer giró a la derecha. El entorno era tan rural que por un momento Serafina pensó que se habían equivocado de camino. Primero pasaron por delante de granjas, talleres de artesanos y tabernas, después tomaron un camino entre prados y árboles, hasta que, de repente, se encontraron en un barrio de mansiones impresionantes.

Theo continuó durante dos manzanas, redujo la marcha, enfiló una corta vía de acceso y atravesó un alto portón de hierro que los esperaba abierto de par en par. Tan solo unos metros los separaban de la casa.

—Aquí estamos —anunció Theo con un asomo de orgullo mientras detenía el automóvil—. ¡Bienvenida a su nuevo hogar, señorita Rheinberger!

La joven esperó a que Theo la ayudara a salir del automóvil y, mientras el hombre se ocupaba de nuevo de su equipaje, permaneció un momento observando su nuevo hogar. Enseguida llegó a la conclusión de que el llamativo y espacioso edificio, aunque de aspecto distinguido y acogedor, transmitía una sensación de altivez pomposa. La luz vespertina delineaba la fachada, con sus resaltes y voladizos, y le restaba así algo de severidad. Además, le gustó que la mansión estuviera pintada en un tono amarillo pálido, que armonizaba muy bien con el blanco de las ventanas y los frontones.

—Bueno, pues adelante —dijo Theo de buen humor, con las dos maletas en la mano.

En ese momento se abrió de golpe la puerta principal.

—¡Ya están aquí!

Una niña salió corriendo a recibirlos. Llevaba los rizos claros recogidos a duras penas en una trenza.

—¡Ay, Viktoria, despacio! —la regañó una mujer que apareció al mismo tiempo en el umbral. Por la ropa se veía

que era una empleada. La niña ignoró sus palabras y siguió corriendo.

—Así que tú eres mi tía —declaró al plantarse frente a Serafina, mientras la miraba de arriba abajo—. Yo soy Viktoria.

—Me llamo Serafina.

—Ya lo sé. Papá y mamá me han hablado mucho de ti.

—Ah...

—Viktoria, deja a la señorita entrar en casa tranquila —intervino Theo—. Ha tenido un largo viaje.

Le hizo un gesto con la cabeza a Serafina, con la intención de dirigirse al edificio.

—¡Sí, entra! —exclamó Viktoria inmediatamente—. ¡Te enseño tu habitación! —Y sonrió a Theo de buen humor.

Serafina se fijó en la sonrisa cariñosa del chófer. Era evidente que Viktoria lo tenía conquistado. Le gustó el espíritu resuelto de la niña.

—¡Pero Vicky, mira que eres! —exclamó la elegante mujer, de unos cuarenta años, que no había perdido de vista a la niña—. Tu madre te ha dicho que recibas a nuestra invitada como es debido.

—Oh, me encanta que Viktoria me haya dado un recibimiento tan caluroso —la tranquilizó—. Yo, en su lugar, me habría mostrado igual de curiosa.

—¿Ves? No hace falta que me regañes tanto, Dora —afirmó Viktoria con seguridad—. ¡Es mi tía!

—El señor y la señora están todavía en la fábrica, pues tenían que recibir a un proveedor de cacao de ultramar, pero estarán al llegar —le indicó la mujer a Serafina—. Soy Dora, el ama de llaves. —Tomó el abrigo de la recién llegada—. ¿Le gustaría descansar un poco antes de la cena, señorita Rheinberger?

—Con mucho gusto.

—La acompañaré a su habitación.

—¡No, Dora, yo la llevo! —intervino Viktoria—. ¡Se lo acabo de prometer!

—Bueno, está bien —accedió la mujer—. La cena se servirá a las siete y media en el comedor. Esperaré en el corredor...

—Sí, sí, seremos puntuales —interrumpió Viktoria, que tomó a su tía de la manga y la llevó a través de un amplio vestíbulo hacia una gran escalera curva.

ALGO MÁS DE una hora después, Dora, Serafina y Viktoria se dirigían por un amplio corredor hacia el comedor de la mansión. El delicado mosaico del suelo brillaba bajo la luz de las lámparas eléctricas de metal. Estaban situadas a intervalos regulares en las paredes pintadas de color claro y revestidas de paneles de madera blanca hasta media altura.

—Espero que haya algo rico para la cena —dijo Viktoria.

—Nuestra cocinera solo prepara cosas ricas —replicó Dora.

—Casi siempre. Pero el pescado no me gusta.

—Eso es cuestión de gustos, Vicky, no es que Gerti no lo prepare bien.

Serafina entendía bien a la niña. A ella tampoco le gustaba el pescado.

—Bueno, ya estamos, señorita Rheinberger —dijo Dora, que se detuvo ante una puerta de doble hoja—. Los señores ya se encuentran en el interior.

Llamó a la puerta y giró el picaporte de latón. Una luz cálida recibió a la chica al entrar en la sala.

—¡Serafina! ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! —Judith, la esposa de su hermanastro, se dirigió hacia ella con los brazos abiertos. Aunque ya no era tan joven, tenía un aspecto muy atractivo, con rasgos delicados y el pelo rubio oscuro recogido en un moño suelto. El vestido azul claro, hasta la pantorrilla, reflejaba a la perfección el color de sus ojos. «El mismo azul que los de Viktoria —pensó Serafina—. Solo les falta el brillo travieso de los de la niña».

—Sí, Serafina, lo mismo digo —añadió Victor, que en ese momento apareció detrás de su esposa. Era un hombre apuesto, grande y fuerte, con las sienes plateadas. Debía de andar en la cincuentena—. ¡Bienvenida a la mansión de los chocolates! —añadió, guiñándole un ojo a Viktoria.

—Papá siempre llama a nuestra casa «la mansión de los chocolates» —explicó la niña con cara de exasperación—. Pero es una casa normal y corriente.

Serafina sonrió y notó cómo se disipaba el ligero malestar que había sentido en el primer momento de aquel encuentro.

—Gracias por permitirme venir a vivir con vosotros —respondió, mientras recibía el abrazo de Judith.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Victor.

—Largo y aburrido —respondió la joven, y Victor se rio.

—Ya me imagino. A los Rheinberger no se nos da bien pasar largas horas sentados.

—No, seguro que no. —Serafina sintió hacia Victor un apego espontáneo que la sorprendió. Los sentimientos negativos que la habían invadido tantas veces al pensar en él habían desaparecido.

—Supongo que tendrás hambre —afirmó Judith atenta, mientras le ofrecía un sitio en la mesa, que estaba puesta con mucho estilo.

—¡Serafina, tú te sientas a mi lado! —exclamó Viktoria, señalando el otro lado de la mesa.

—¡Viktoria! —reprendió Judith a su hija.

—Sí, sí, mamá. Ya lo sé. Perdón. —A pesar de sus palabras, la niña no parecía arrepentida lo más mínimo, y Serafina tuvo la impresión de que la niña no solo hacía lo que quería con los empleados de la casa, sino también con sus padres. Incluso Victor seguía la escena con una mirada benevolente, mientras abría una botella de espumoso y vertía la bebida burbujeante en las copas que ya estaban preparadas.

La muchacha se descubrió pensando que a Viktoria le vendría bien una educación un poco más estricta, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que ella y Viktoria tenían en común aquel espíritu libre.

—¿Cuántos años tienes, Viktoria? —le preguntó cuando se sentaron.

—Cumplí diez en enero —respondió su sobrina, que estaba sentada muy recta y, en contra de lo esperado, mostraba muy buenos modales—. ¿Y tú?

—Yo cumplí veinte también en enero —respondió Serafina—. El ocho, por si te interesa saber la fecha exacta.

—Ah, yo el diecisiete. Pues podríamos celebrar siempre nuestros cumpleaños juntas. Para el próximo ya tengo algo pensado: quiero ir a París —explicó Viktoria, y una expresión seria, casi triste, se apoderó de repente de su rostro.

—¿Y por qué a París? —le preguntó, sin saber a qué se debía el cambio de ánimo de Viktoria.

—Porque allí vive mi hermano.

—Nuestro hijo, Martin, estudia allí, en el conservatorio —aclaró Judith.

Serafina percibió en su mirada que Viktoria no era la única que lo echaba intensamente de menos.

—¿Sabes? —se dirigió a Viktoria—, en este momento tu hermano no está contigo, pero tú sabes que volverá. O que puedes ir a visitarlo. Y es una alegría saber que, sin duda, lo verás de nuevo. —Y en su mente terminó la frase: «Porque está vivo y no muerto, como mi padre».

—Sí, ya —respondió Viktoria, a quien la respuesta de Serafina le ofrecía un flaco consuelo—. Pero siempre tarda tantísimo...

Victor carraspeó.

—Yo también lo echo de menos —declaró, y Serafina dudó por un momento si se refería a su hijo o a su padre—. Pero —continuó, levantando la copa de espumoso— hoy brindamos por los que estamos aquí. Y por volver a ver a los ausentes.